

de Taitbout y detestaba el recuerdo del callejón de Saint-Dominique-d'Enfer.

Fué sin embargo una noche á hacerles una visita para exhibir su lujo y su buen ver. Satisfecha su ambición, se había vuelto buen muchacho. La riqueza había dado seguridad á sus miradas y la bilis había desaparecido de su rostro.

Los dos amigos le recibieron con gran frialdad, y no volvió á parecer.

Daniel y Jorge se bastaban á sí mismos. Se amaron y se unieron hasta en su inteligencia. Nunca se le ocurrió á ninguno de ellos que podría llegar un día en que se separaran.

VII

Una mañana, Daniel fué á la calle de Amsterdam, y, cuando volvió á la noche, dijo á Jorge que partiría al día siguiente, para siempre, tal vez.

Había sabido durante el día que Juana había salido en definitiva del convento y que habitaba en casa de su tía. Aquella noticia casi le había vuelto el juicio. No concibió más que una idea; la de entrar y fijarse en aquella casa, en donde se hallaba el objeto de su cariño.

Indagó, inventó y se puso á hacer toda clase de diligencias. Concluyó por averiguar que el señor Tellier, que acababa por último de entrar en el Cuerpo legislativo, deseaba encontrar un secretario, y su plan fué en seguida trazado. Corrió á proveerse de recomendaciones y envió á hablar en su favor al autor del Diccionario, quien le había quedado agradecido.

Debía de presentarse al día siguiente, y estaba seguro de que sería aceptado.

Jorge, dolorosamente sorprendido, miraba á Daniel sin encontrar palabra que decirle.

—Pero, no podemos dejarnos así,—dijo por último.—Tenemos trabajo en preparación para durante muchos años. Contaba contigo, necesito de tu ayuda... ¿A dónde vas? ¿Qué quieres hacer?

—Voy á entrar de secretario en casa de un diputado,—contestó sencillamente Daniel.

—¡Tú secretario de un diputado!—y Jorge se echó á reír,—estás de broma, ¿no es así? Tú no puedes sacrificar la envidiable carrera que se ofrece ante ti, por un destino ínfimo é ingrato. Piensa en que el porvenir nos pertenece.

Daniel se encogió de hombros con completa indiferencia y no pudo por menos de sonreirse con supremo desdén. ¡Qué le iba ni le venía la celebridad! ¿Por ventura su porvenir no era la felicidad de Juana? Todo se lo sacrificaba, sin el menor pesar; bajaba, aceptaba una posición inferior, una servidumbre del pensamiento, para poder velar con más desahogo por la niña que se le había confiado.

—¿De modo que te niegas á hacer tu obra maestra?—repetía Jorge con insistencia.

—Mi otra maestra está en otra parte,—contestó con dulzura Daniel;—te dejo para ir á trabajar en ella. No me preguntes; te lo diré todo un día, cuando la obra quede terminada. Sobre todo no me compadezcas. Siéntome dichoso, pues hace doce años que espero la felicidad que se me presenta en el día de hoy. Ya me conoces, sabes que soy incapaz de

realizar una acción estúpida ó vergonzosa. No te inquietes por mí, cree que mi corazón se siente satisfecho y que voy á cumplir mi misión en esta vida.

Por toda contestación, Jorge le estrechó la mano. Comprendía que la separación era necesaria, traslucíase en las palabras de su amigo tan generoso ardor, que adivinaba en aquella brusca separación, una abnegación sin límites.

Al día siguiente Daniel le dejó con los ojos henchidos de lágrimas. Había pasado la noche sin dormir, arreglándolo todo en su habitación y dando un adiós supremo á aquellas paredes, que, á no dudarlo, no le volverían á ver. Latíale el corazón de contento, y sin embargo notábase en él una tristeza vaga, la tristeza que las buenas almas experimentan, cuando dejan una morada en donde han esperado y llorado.

En la calle detuvo á Jorge un instante.

—Vendré á verte, si me es posible,—le dijo con rapidez.—No me guardes rencor y trabaja por dos.

Y se separó de él de prisa y corriendo. No había querido que su amigo le acompañara.

Tal oleada de pensamientos se barajaban en su cabeza, que llegó á la calle de Amsterdam sin haberse dado cuenta de la distancia recorrida.

El pasado y el porvenir henchían por completo su espíritu: volvía á ver á la señora de Rionne moribunda; seguía con pasmosa lucidez, un mes tras otro, los años transcurridos; y, al propio tiempo

trataba de prever los acontecimientos que se iban á desarrollar.

Una figura dominaba el delirio de su imaginación: la de Juana, la de Juana pequeñita, tal como la había dejado en la arena de la avenida, en el bulevar de los Inválidos. Sentíase una llama en el pecho de abrasadora ternura.

En conclusión aquella niña le pertenecía, su madre se la había dado, le pertenecía como una herencia de amor. Maravillábase de que se la hubiesen podido robar por tanto tiempo; se rebelaba, y se aquietaba después, cuando llegaba á pensar en que se la iban á devolver. Sería suya, del todo suya. La querría como había querido á su madre, de rodillas, como á una santa. Y su mente desbarraba y sentía que la locura y la abnegación se apoderaban de su sér.

Su inmenso cariño se desbordaba y le comprimía. Durante quince años había estado llevando con fuerza sus manos al corazón para impedirle que latiera; habíase reducido al oficio de máquina, había esperado mudo, frío, pasivo. El despertar llegaba, despertar terrible de pasión. Habíase operado en aquel corazón un trabajo oculto, incesante; las facultades amativas, por falta de expansión, se encontraban crecidas é irritadas; y por tal manera había llegado á sustentar la idea fija. Todo se exageraba; no podía pensar en Juana, sin sentirse tentado á arrojarse.

De repente se encontró en el gabinete del se-

ñor Tellier, sin saber cómo había penetrado allí. Oyó un criado que le decía: «Sírvase usted sentarse, el señor va á venir», y se sentó, procurando estar tranquilo.

Aquel instante de soledad le fué provechoso. Habíase puesto á balbucear, á haberse encontrado allí de buenas á primeras con su futuro señor. Levantóse y dió la vuelta al gabinete, fijándose en la biblioteca y en la multitud de objetos que llenaban los muebles y el escritorio. Todas aquellas cosas, de gran lujo por cierto, le parecieron de mediano gusto.

Veíase, sobre una consola, una preciosa estatuita de la Libertad, de mármol blanco, que Daniel habría tomado por una Venus, á no haber reparado en el gorro frigio coquetonamente colocado sobre sus rizados cabellos.

El joven miraba con curiosidad aquella chuchería, preguntándose qué significado podía tener en semejante sitio, cuando oyó un ruido de tos.

El señor Tellier penetró en la estancia.

Era un hombre corpulento, con cara ancha y con ojos redondos y salientes. Llevaba la cabeza erguida, y al hablar, hacía un ademán con la mano derecha, siempre el mismo.

Daniel le explicó en breves palabras quién era y lo que deseaba.

—¡Ah! muy bien,—contestó,—se me ha hablado de usted, y tengo para mí que podremos entendernos. Siéntese usted, se lo ruego.

Y él por su parte fué á sentarse en el sillón

que se encontraba enfrente de su mesa de escritorio.

El señor Tellier estaba lejos de ser una mala persona, y á veces hasta había dado prueba de estar dotado de inteligencia suficiente. Tres ó cuatro ideas solemnes, cuando se tocaban ciertos resortes, se paseaban en su cerebro, semejantes á los muñequitos que dan vueltas en ciertos organillos.

Cuando aquellas tres ó cuatro ideas dormían el sueño de los justos, su vacuidad daba miedo á cualquiera.

Tan sólo tenía un vicio, el de tenerse por un político profundo. Disparataba con la mayor gravedad, gobernaba los Estados como las porteras gobiernan sus garitas, repitiendo las mismas frases y diluyendo sus escasas ideas en un diluvio de palabras. Por otra parte su buena fe era incontestable y vivía muy en paz con su tontería.

Desde la infancia había venido hablando del pueblo y de la libertad con solemnidad abrumadora. Después, en plena prosperidad, teniendo á sus órdenes enjambres de obreros, confirmó sus filantrópicos discursos, sin percatarse de que mejor haría si hablase menos de aumento de salarios. Pero tanto el pueblo como la libertad eran, en su sentir, cosas abstractas que se habían de amar platónicamente,

Así que hubo reunido una fortuna colosal, ya no quiso vivir sino, como quien dice, por amor al arte; hízose nombrar diputado.

Sentía goces de niño cuando se encaminaba á

la Cámara. Allí escuchaba religiosamente las grandes palabras y las largas frases vacías de sentido que tanto le entusiasmaban; y todas las noches, al recogerse á su casa, estaba persuadido de que acababa de salvar á Francia.

Hacía la oposición tan sólo por cariño; á más de que, á sus propios ojos, esto le revestía de importancia considerable. Pensaba ser el necesario dique opuesto á la invasión de la tiranía. Quedábase atónito cuando, en las calles, el pueblo no caía á sus plantas llamándole su padre.

Por lo demás, él no inquietaba á nadie, no más al poder que á la oposición, y presentábase tan zote en ciertas circunstancias, que muchos le creían vendido. El buen hombre no habría encontrado quien le comprara, porque se estimaba en mucho y era sobrado poco lo que valía. Hallábase dotado de la materia del imbécil, mas no de la del intrigante,

Hablaba de vez en cuando en el Cuerpo legislativo, leyendo discursos interminables. Un día trató sobre un asunto industrial, y salió muy airoso del paso, por encontrarse en su propio elemento. Pero su vanidad soñaba en las grandes discusiones de principios, y entonces chapoteaba miserablemente en medio de los lugares comunes de todas las democracias.

Su mujer hizo los imposibles para evitar que entrase en la Cámara.

No teniendo más ambición que la del lujo, prefería que su marido se eclipsase completamente.

Pero él se las mantuvo tiasas; díjole que la dejaba en libertad para sus diversiones, y que él, por su parte, quería regocijarse á su modo y manera. Hicieron, como quien dice, rancho aparte. La mujer, fuera de quicio, hizo alarde de los tocados más extravagantes, tirando la casa por la ventana; el marido puso el grito en el cielo contra el lujo, enalteció la saludable rudeza de las repúblicas y ostentó las frases hueras de su humanitarismo. En el fondo sus locuras allá se iban la una con la otra.

Desde entonces la ambición del señor Tellier no tuvo límites y soñó en envanecerse con el título de escritor. Empezó una extensa obra sobre economía política, en la que no tardó en poner de relieve su nulidad. En aquel entonces fué cuando sintió la necesidad de tener un secretario.

Daniel se presentó muy humilde, muy á la devoción del señor Tellier. Aceptó todas las condiciones que á éste le plugo imponerle; por lo demás, apenas le escuchaba; no veía la hora de verse instalado en la casa.

Cuando todo quedó convenido:

—¡Ah! me olvidaba,—dijo el diputado.—Puesto que hemos de vivir juntos, fuerza es que no haya ninguna mala inteligencia entre nosotros. La fe es libre, y en modo alguno querría exigir la menor concesión de la conciencia de usted... ¿Cuáles son sus opiniones?

—¿Mis opiniones?—repitió Daniel estupefacto.

—Sí. ¿Es usted liberal?

—¡Oh! cuanto hay de más liberal,—se apresuró á contestar el joven, quien hizo felizmente memoria de la estatuita de mármol.

Y se volvió instintivamente hacia la consola.

—¿La ha visto usted?—repuso el señor Tellier en tono penetrante.

Se levantó y cogió la figurilla de mármol.

—Aquí tenemos la gran Madre,—agregó con énfasis;—es la virgen humana que ha de regenerar á los pueblos.

Daniel miraba con curiosidad, haciéndose cruces al oír emplear tan estupendas palabras, tratándose de cosa tan diminuta. El diputado contemplaba el mármol con cariño, y parecía un niño grande jugando con un polichinela. Un día su juguete desapareció y se le estuvo buscando durante muchas horas; era Juana, salida por un día del convento, que la había cogido para mecerla en sus bracitos, figurándose mecer una muñeca.

Al contemplar los conmovidos ojos del señor Tellier, Daniel se percató de que aquella buena mujercita representaba, ni más ni menos, para él, la divisa fuerte y poderosa. La Libertad, que reclamaba á fuertes voces, no era otra cosa que aquella griseta de mármol, muy linda y muy sonriente. Era, en una palabra, una Libertad de bolsillo.

El señor Tellier tomó el partido de sentarse de nuevo en su sillón. Aceptó en definitiva los servicios de Daniel, y se engolfó en consideraciones políticas de la más impenetrable obscuridad. El pobre

muchacho empezaba á hacer su aprendizaje de mueble obediente.

En medio de un largo período, el orador se vió desagradablemente interrumpido por risas que partían de la habitación inmediata.

—¡Tío, tío!—decía una voz juvenil, con entonaciones de alegría.

Y la puerta se abrió vivamente.

Entró una joven de alta estatura, moviendo gran algazara; y, corriendo hacia el señor Tellier, le enseñó dos pájaros de las islas, encerrados en una jaula dorada que llevaba en la mano.

—¡Oh! mire usted, tío,—le dijo,—¡cuán preciosos resultan con su gran delantal rojo, su manto amarillo y su cresta negra!... Me los acaban de dar.

Y se reía, echando atrás la cabeza para ver mejor á los prisioneros, con movimientos de flexibilidad seductora. A pesar de ser ya toda una mujer, su aspecto era de niña. Diríase que llenaba de aire y de luz el austero gabinete; sus blancas faldas despedían un brillo suave y claro y su rostro resplandecía como rosada aurora. Iba de acá para allá, balanceando la jaula, ocupando toda la habitación y dejando por do quiera el fresco perfume de la juventud y de la hermosura. Luego se mantuvo erguida, seria, altiva, con la frente ancha, insondables los ojos, en medio de su virginidad tan alta-nera como inocente.

Aquella era Juanita.

¡Juanita!... Daniel se había levantado, temblo-

roso, mirando á su querida hija con una especie de respetuoso terror. Jamás se había imaginado que hubiese llegado á crecer. Habíasela figurado siempre tal como la había dejado, y esperaba, cuando volviese á verla, que había de inclinarse para besarla en la frente.

Y hé aquí que se la encontraba alta, bellísima, orgullosa; parecíale semejante á las demás mujeres que hacían mofa de él. Por nada del mundo habría querido acercarse á ella y besarla; con sólo pensar que iba á mirarle, casi desfallecía.

Le habían cambiado su hija. Lo que él quería era una niña, pues jamás sería osado á hablar á aquella alta y hermosa mujer que se reía tan regocijadamente y que parecía tan orgullosa. En aquel primer instante de sorpresa, no sabía darse cuenta de lo que allí hacía, y se olvidaba de lo que la muerta le había encargado.

Habíase refugiado á un rincón y se mantenía en pie, sin saber qué hacer de las manos. Con ser mucha su ansiedad, no le era dable apartar las miradas del rostro de la joven; pensaba que se parecía mucho á su madre, con todos los esplendores de la vida, y sentía que un suave calor le ascendía al pecho.

Juana, que escuchaba las amonestaciones de su tío, ni le veía tan siquiera.

El señor Tellier, contrariado por haber sido interrumpido, la miraba severamente, muy dispuesto á enfadarse. No le gustaban los ademanes petulantes de las jóvenes, que le trastornaban los pensamientos.

—¡Gran Dios!—exclamó,—entras aquí como un huracán. Aquí no estás ya en el colegio. Procura ser razonable.

Juana, ofendida, se puso seria, y una imperceptible sonrisa de desdén movió sus rosados labios. Adivinábase en ella una rebeldía contenida. Sus claros ojos habían comprendido con seguridad toda la imbecilidad de su tío, y tan sólo se reía maliciosamente, como para protestar contra la gravedad que le imponía.

—Con tanto mayor motivo,—agregó pesadamente el señor Tellier,—cuanto que en este instante tengo gente aquí.

Juana se volvió, buscando á la gente, y entonces distinguió á Daniel en su rincón. Miróle con curiosidad durante unos segundos y acto continuo hizo un ligero mohín de disgusto. Hasta entonces tan sólo había amado las imágenes de santos del convento, por lo que aquel joven flaco, de facciones duras, que se mantenía allí cohibido, no le recordaba maldita la cosa los santos de su libro de misa, con sus puros perfiles y sus barbas sedosas.

Ante aquella mirada, Daniel había bajado la cabeza. Sentía que el rubor le subía á las mejillas, y padecía lo que no era decible. Nunca habría creído que aquel encuentro, tan ardientemente ansiado durante largos años, hubiese resultado tan penoso para él. Hacía memoria de las emociones que le agitaban al ir á la calle de Amsterdam; veíase en la calle, delirante de entusiasmo, soñando en coger á Juana en sus brazos y llevársela. Y se encontraba allí,

temblando delante de la joven y sin acertar con una palabra.

Una fuerza inepcible le impulsaba hacia Juana. Tras de las timideces del primer instante, le acometían impulsos de caer de rodillas. No era la presencia del señor Tellier lo que le contenía, pues había perdido la memoria de dónde se encontraba; pero el abrumador sentimiento de la realidad le clavaba en el suelo.

Bien veía que Juana no le conocía. Había sorprendido la mueca de la joven, y un inmenso bochorno llenóle el corazón de amargura. Juana no le quería, ni le querría jamás. Y de esto deducía que él no sería nunca su padre y que ella no sería nunca su hija.

En tanto que pensaba de este modo, Juana, un poco cohibida, dió algunos pasos; en seguida tomó la jaula y se retiró más que de prisa, sin contestar ni una sola palabra á su tío.

En cuanto hubo salido:

—Mi joven amigo,—dijo el señor Tellier,—habíame quedado en la cuestión teórica de la asociación. Ponga usted dos obreros juntos...

Y estuvo hablando durante una hora larga de talle. Daniel movía la cabeza, como en señal de aprobación, pero sin escuchar una palabra. Miraba furtivamente la puerta por donde Juana había salido, y sus imaginaciones se extraviaban, inquietas.